

á alguna distancia en el bosque, para volver á ver á esa muger que domina mi corazón. En vano me esfuerzo en alejarme, pues si mi cuerpo lo efectúa, mi alma retrograda al objeto de mi amor como la flámula del estandarte que atrás impele el viento.

XIX

En el segundo acto, discurre Duchmanta con dos oficiales suyos, uno de los cuales mandria y gloton en sumo grado, recuerda al Falstaff de Shakspeare, fingiendo el príncipe una repugnancia invencible por el sanguinario placer de la caza.

« — Agiten en paz los búfalos « esclama » el agua en que habrán apagado su sed; rumie tranquilo el grupo tímido de ariscas ciervas á la sombra de los árboles; muelan incautos las espadañas de los cenagosos pantanos los cerdosos jabalies, repose mi arco con aflojada cuerda... »

Al mismo tiempo participa á sus confidentes que quiere morar algunos días en tan apacible reclusion, y no se sacia de ponderar la peregrina hermosura de la jóven cenobita que domina su sér entero; pero pronto se arrepiente de su vano amor y esclama apostrofándose á sí mismo!

« — ¡ Oh insensato! ¿ Acaso no es la hija de un

anacoreta? ¿ De que me serviría continuar viéndola? ¿ Basta acaso tender el cuello y fijar la mirada en el astro plateado para obtener el delicado creciente de la luna nueva? Cuando medito en la omnipotencia de Brama, cuando recapacito todas las perfecciones de esa muger incomparable, me parece que, despues de haber reunido en su divina mente y combinado de modos miles todos los elementos aptos para reproducir las mas bellas formas, plugo al Autor de todo lo criado vertir sus tesoros infinitos en esa criatura sublime. ¿ A qué mortal en la tierra está destinada esa heldad sobrehumana, cuya frescura excede á una flor vírgen que exhala por la primera vez su perfume, á un tierno vástago que verde y risueño adhiere al tallo, á una perla intacta en la nácar en que reposa, á la miel pura de todo contacto humano. — ¿ Quién llegará á ser poseedor de tal tesoro de virtudes? ¡ Ay de mí! yo lo ignoro.

« — ¿ Creeis ser amado? » le pregunta su favorito.

« — ¡ Amado! » responde el príncipe en versos elegiacos, « las jóvenes doncellas criadas en la soledad son naturalmente tímidas; no obstante esos ojos bajados con tanta modestia, esa sonrisa que yo mismo he sorprendido en sus labios, explicada con tan inocente maña por esa bella criatura, todo arguye un amor que, por el pudor contenido, sino se revela por entero, se deja adivinar en parte.

« Sí, signos evidentes me dió de su inclinacion para mi persona, en el momento de partir con sus dos jóvenes compañeras.

« Mirad , les decia recurriendo á una mentira inocente para poder detenerse algun tanto : en mi pié se ha clavado una espina águda que á mi marcha se opone. Y despues, apenas habia dado algunos pasos, volvió la cabeza hacia atrás fingiendo desprender sus vestidos de las ramas de un arbusto que de ningun modo los retenia, y todo por fijar en mí los ojos..... »

XX

Despues comparecen dos ermitaños compañeros del santo , y al ver al jóven desconocido, platican un momento ensalzando las ventajas de la vida religiosa para operar la salvacion. Uno de ellos reconoce en el huésped al monarca mismo.

« — No es de extrañar, « dice á su jóven compañero, » que, como la enorme barra de hierro cuyo peso asegura las puertas de su capital, este nervioso brazo bastase á someter la tierra, negro límite del vasto Océano ; ni que, en las encarnizadas refriegas do pugnaron con saúdo teson, los dioses atribuyan al arco formidable de nuestro soberano no menos que á los rayos de Indra, las brillantes victorias que consiguieron sobre sus tremendos enemigos. »

Al decir estas palabras se acercan, ó invitan respetuosamente al cazador á venir á habitar algunos

días en la ermita. El héroe les da gracias por su oferta, mientras que batallan entre sí sus pensamientos y su corazon flota entre dos impulsos contrarios, esto es, entre el deber que lo reclama en su capital, y el deseo de no abandonar los lugares do respira Sacúntala.

« — La distancia de las regiones en que quisiera hallarme á la vez, tiene dividido mi ánimo, como las aguas de un rio cuando una roca se opone á su curso. »

XXI

El tercer acto se abre por una escena corta, en la cual las reclusas cogen plantas medicinales y componen pociones farmacéuticas para operar el restablecimiento de Sacúntala, á quien la fiebre postra en su celda.

La segunda escena se reduce á una larga y poética querella del tierno Duchmanta, quien deplora la dolencia del objeto amado y la pasion que avasalla su propio corazon. La poesía en esta escena ostenta la magestad del paisage y reviste las imágenes del delirio amoroso.

La fisonomía de Duchmanta expresa la congoja, y el héroe suspira al esclamar :

« — Sin duda, conozco todo el rigor que le im-

pone la vida religiosa, y me consta que se halla enteramente sometida á la voluntad de Canua; no obstante, tal como un río que no puede remontar á su origen, nada puede impedir á mi corazón precipitarse por el declive inclinado que lo impele fuera de su cauce. ¡Ah! ya lo veo: el rayo del iracundo Siva se encubre en mi seno, semejante á ese fuego misterioso que arde en lo más profundo de los mares... mi corazón entero se consume abrasando voraz mi pecho... Pero ¿qué veo?

Ella viene de pasar por aquí... me lo aseguran estas flores diseminadas cuyos frescos cálices, aunque separados del tallo, conservan aun todo su brillo; me lo aseguran esos ramos nuevos cuya lechosa savia indica una herida reciente. ¡Qué aire tan vivificador se respira en este parage! ¡Con qué deleite todo mi cuerpo, consumido por la fiebre, recibe las caricias de esa brisa suave impregnada de las emanaciones del lotos, y de las ligeras gotas de un benéfico rocío procedentes de las olas sensibles apenas del Malini, que arrebató travieso en sus alas el melodioso céfiro.

(Mirando en torno.) « ¡O felicidad! allí bajo ese emparado que esmaltan numerosas flores, reposa Sacúntala.

Sí, perfectamente distingo la huella que impreso dejó su ligero paso, la traza de ese pié tan pequeño y agraciado que amoldó en toda su perfección la arena.

« Miremos al través las hojas. » (Aparta el follage y esclama en un transporte de júbilo.)

« Mis ojos la ven, mis ojos contemplan ese hechizo que todo mi sér subyuga. Allí está con sus compañeras indolentemente reclinada en un lecho de flores. Oculto y palpitante, voy á gozar de su conversacion lleno del abandono voluptuoso.

XXII

Luego sigue una escena de deliciosa entrevista entre el héroe y Sacúntala, á quién sus compañeras han dejado sola á orillas del río Malini. Ambos amantes se declaran recíprocamente su afecto. El héroe promete á la doncella que si consiente en ser su esposa, dividirá con ella el trono, y conferirá el título de heredero al hijo que de su union resulte.

« Tú me olvidarás, » le dice la jóven desposada. — « ¡Yo olvidarte! replica el héroe. En cualquier parte en que te conduzca el destino, nunca podrá borrarse tu imágen de mi corazón. Tal, al declinar el día, se lanza á lo lejos la sombra descomunal de un árbol, aunque fijado á la tierra por sus raíces. »

De repente se desprende el brazaletes de Sacúntala; el héroe lo recoge, lo abrocha en torno del puño de su amada, y esclama:

« — Parece que, prendada de la gracia y blancura

de objeto tan lindo, ha abandonado el cielo la nueva luna, y encorvado las dos sutiles extremidades de su plateado creciente para abrazar con amor este brazo torneado. »

Un poco de polvo procedente del florido pólen del lotos, entra, impelido por el viento, entre los párpados de Sacúntala. El héroe le sopla suavemente el ojo, escena llena de candor é ingenuidad que recuerda una análoga de Dafnis y Cloe. Mucho siento que los límites de esta reseña no me permitan reproducirla por entero. Ambos amantes se separan al canto del ave nocturna que anuncia que la noche extiende su manto en la floresta.

XXIII

A pesar del cebo amoroso que lo retiene, parte el héroe para su capital, dejando á Sacúntala una sortija en que se halla grabado su nombre, mediante cuya prenda jura el príncipe reconocer á la esposa á quien dió su fé.

En el último acto, regresa al monasterio el santo anacoreta Canua, despues de una ausencia prolongada, y, de boca misma de Sacúntala, llega á saber la visita de Duchmanta, su amor, y la promesa de instituir heredero al fruto de su enlace, cuando

acuda la madre á presentar la sortija á su regio esposo.

Al mismo tiempo revela la jóven reclusa al anacoreta que unida se halla al príncipe por clandestinas nupcias aprobadas por la religion y las leyes, y que lleva en su seno una prenda de su union, futuro soberano del reino. Todo lo aprueba el santo varon quien colma de dádivas á su hija adoptiva, para ponerla en estado de reconducir dignamente á su esposo.

La descripcion de estos regalos de boda es tan pintoresca como poética. Las mismas divinidades invisibles cooperan con su tributo. Las compañeras de la jóven y donosa reina esclaman risueña.

« — Flotante en las ramas de un árbol descomunal, divisamos un velo celeste del mas puro lino, tan candido y tan brillante que parece la luz de la luna filtrando por entre los árboles, presagio seguro de la dicha que á Sacúntala espera. »

Otro arbusto destila una laca admirable, destinada á teñir de brillante escarlata sus delicadas plantas, mientras que por do quier manos hermosísimas, mas frescas y brillantes que las mismas flores, se muestran al través el follage, prodigando joyas tan numerosas como variadas, y dignas de brillar en la frente de una soberana.

PREYAMVADA, mirando á Sacúntala.

Tal vemos á la abeja dejar el tronco cavernoso del árbol toseo en que estableció su residencia, para

venir á festejar la flor del lotos que la atrae por su miel aromática.

CANUA.

Por tan explícita proteccion, declaran los dioses que la fortuna del rey se halla desde este momento ligada á tu persona, y que para siempre la vas á fijar en su palacio.

(Sacúntala baja con modestia los ojos.)

El venerable anacoreta canta en verso su despedida y los votos que dirige á Sacúntala, su favorita :

« — Divinidades de este sagrado bosque, ocultas bajo la corteza de estos árboles que escogisteis por asilo ;

« La muger que jamás mojó en la copa sus labios abrasados de sed, sin haber regado con agua pura y vivificante las sedientas raíces de vuestros árboles favoritos ; la que, por mera afeccion por estos mismos árboles, nunca osó despojarlos de la menor flor á pesar del gusto natural por tan seductores objetos ; la que jamás sintió en su pecho una felicidad mas pura que la que irradia de los primeros dias de primavera, al ver los bosques matizados de flores ; la bella Sacúntala os deja para ir al palacio de su esposo, y os saluda por la última vez.

« Haced que feliz sea su viage ; que la sombra movediza de los grandes árboles le ofrezca en toda su

travesía un abrigo impenetrable á los rayos del sol ; que un blando céfiro abanique su rostro, meza su cuerpo flexible y refresque su frente con el voluptuoso rocío procedente del lago apacible, cuyas cristalinas aguas cubren los azulados lotos ; puedan sus piés delicados no hollar, en su plácida marcha, mas que el polvo de las flores, suave como la seda. »

Sacúntala no puede ménos de volver reclamada por su ternura por los animales favoritos que abandona.

« — ¡ Oh padre mio ! » dice al ermitaño, « cuando llegará á ser madre esta linda gazela cuyo pié no se atreve á aventurarse fuera de este santo retiro, y cuyo paso amaina el hijuelo que en su vientre cobija, no olvidéis comunicarme tan plausible noticia.

« ¿ Pero quién » continua la desposada « camina tras de mí y pisa mis faldas ? »

EL ANACORETA.

Ya lo ves, hija mia : es tu cervatillo favorito, tu hijo adoptivo, cuyas heridas tantas veces curastes con bálsamo de ingudí, cuando á tí corria presuroso con los labios ensangrentados por las aceradas espinas del cusa. El pobre animalito no puede abandonar á su bienhechora, en cuyas manos comió tantas veces los sabrosos granos del siamoca.

SACUNTALA besando y acariciando al cervatillo con ojos húmedos de lágrimas.

¡Pobre animalito! ¿porqué profesas tanto cariño á una ingrata resuelta á abandonar el compañero de sus juegos? Pero pierde cuidado, pues del mismo modo que yo te recogí cuando perdistes á tu madre al nacer, ahora que de mi parte te cabe un segundo abandono, á nuestro buen padre toca prodigarte la mas tierna solicitud.

(Llora sin poder ir mas adelante.)

CANUA.

Enjuga tus lágrimas, amada hija, cobra aliento y contempla con ojo impávido el camino que vas á recorrer.

Si sorprendieses en tu párpado húmedo una lágrima trémula cuyo efecto seria tal vez el abandono de tu resolucion, disípala al momento mediante un noble esfuerzo. Piensa, hija mia, que en la senda desigual de la vida, la firmeza mas viril tiene que luchar á veces con las pruebas mas terribles, y que la victoria lleva el nombre de virtud.

SARNGARAVA.

Venerable ermitaño, seguramente os acordais de este texto de la sagrada ley: *Acompaña á tu amigo hasta que encuentres el agua.* Pues bien, ya veis que

estamos cerca del estanque; así separémonos y regresad á vuestra ermita.

CANUA.

Mira, amada Sacúntala, como todo sér, por poco sensible que sea, participa de la desolacion general que motiva tu partida.

En vano tendida tras una mata de lotos, reclama la hembra del chairavaca á su amante, el cual, con ojos fijos en tí, y abierto el pico de que se escapan filamentos de verdura, ni aun siquiera piensa en responderle.

SACUNTALA, estrechando en sus brazos el ermitaño.

¡Oh padre mio! ¿cuándo volveré á ver esta sagrada floresta?

CANUA.

Hija mia, cuando despues de haber sido durante años enteros, el objeto de la tierna solicitud de tu esposo, entregará éste el cetro al jóven héroe desprendido de tus entrañas, entonces podrás venir á fenecer tu vida ni envidiada ni envidiosa en este apacible retiro consagrado á la virtud.

(Sacúntala desaparece detras los cañaverales del estanque.)